Introducción a la semana

A lo largo de estos siete días, la carta a los Filipenses desplegará para nosotros sus mejores esencias. Escucharemos llamadas a la unidad, a coincidir todos en Cristo Jesús, el que por despojarse de su rango y pasar por uno de tantos es el 'Nombre sobre todo Nombre'. Él es la causa de nuestra alegría, y en Él radica nuestra gloria hasta el punto que, para Pablo, todo es pérdida si con Él se compara. Somos ciudadanos del cielo y amigos de quien es capaz de cambiar nuestra condición: Cristo, el Señor, el que mejor nos conforta. El evangelio abre con una sencilla llamada a la generosidad, seguida de una convocatoria a toda la rosa de los vientos para entrar en el Reino, para cuyo servicio se nos requiere muy ligeros de equipaje. Reaparecen las críticas a Jesús por acoger a pecadores y comer con ellos, así como la amarga constatación de Jesús al afirmar que los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz (¿y por qué no al revés?)

Lun
31
Oct
2016

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"Cuando des un banquete, invita a los pobres"

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2,1-4:

Hermanos:
Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir.
No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás.

Salmo de hoy

Salmo 130,1.2.3 R/. Guarda mi alma en la paz junto a ti, Señor

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad. R/.

Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre;
como un niño saciado
así está mi alma dentro de mí. R/.

Espera Israel en el Señor
ahora y por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14,12-14

En aquel tiempo, Jesús dijo a uno a de los principales fariseos que lo había invitado:
«Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Tenéis entrañas compasivas»

Precediendo al himno de Jesús, siervo de Dios, San Pablo exhorta a la radicalidad del amor como eje fundamental de toda comunidad cristiana. No basta con saberlo, sino que hay que asumirlo libremente. Sólo así la comunidad podrá celebrar la alegría de la fe. Sólo así se podrá querer de corazón al hermano con verdaderas entrañas de misericordia. Y es que el amor, que viene de Dios, es mucho más que un valor moral. Es la actitud de vida de Jesús, una actitud de

humildad y reconocimiento que disipa nuestras rivalidades y egos.

«Dichoso tú porque no pueden pagarte »

El Evangelio que se nos propone muestra quiénes son los preferidos de Dios para entrar en el Reino: las personas humildes de corazón y las que experimentan la pobreza y la exclusión. Se trata de toda una inversión de los valores de este mundo. Lo que Jesús anuncia es la propia actitud de Dios para con nosotros los hombres. Dios es Amor y nos invita al Amor desde nuestro propio corazón abierto y compasivo. Es hora ya de acabar con los cumplimientos morales farisaicos e ir al encuentro compasivo con los descartados de este mundo e invitarles a compartir nuestra mesa y vida. «Dichoso tú porque no podrán pagarte.»

¿Qué falta en nuestras comunidades para poder experimentar el amor que tanto predicamos?
¿Vivo de corazón las obras de misericordia o los considero sólo preceptos morales?
¿Quiénes son hoy los descartados, los pobres, que nos habla el Evangelio? ¿Los invitaríamos a nuestra mesa?

D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.
Fraternidad “Amigos de Dios” de Bormujos (Sevilla)

El día **1 de noviembre de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de Homilías.

Mié
2
Nov
2016

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: **Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)**

“No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí ”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 19,1.23-27a:

Respondió Job a sus amigos: «¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzará sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán.»

Salmo de hoy

Salmo 24 R/. A ti, Señor, levanto mi alma

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R/.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.

La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3,20-21

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 1-7

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy sabéis el camino».

Le dice Tomás: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Le dice Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Vida y Muerte

Se suele decir que no sabemos de dónde venimos al nacer ni a dónde vamos al morir. Pero resulta que por más libros que existen sobre la persona humana, tampoco conocemos con precisión la vida, aquello que sucede entre el nacer y el morir. Pero, al menos sobre la vida, hay avances, en todos los campos se hacen descubrimientos, y se sigue investigando apasionadamente.

La muerte es otra cosa. Sabemos bastante sobre el morir, pero la muerte se nos resiste. Algo parece que se va sabiendo sobre la “muerte clínica”, pues algunos muertos solamente de esta forma pudieron ser reanimados y han podido contar su experiencia. Pero, nos referimos a la “muerte biológica”, la definitiva, la completa; una vez traspasado el gran portal, nadie ha vuelto para contarnos lo que vieron, lo que hay en el otro lado.

Hoy conmemoramos a los que ya han dado el salto, a todos los fieles difuntos; a los que conocimos y cuya vida significó mucho para nosotros, y a los que no conocimos pero fueron compañeros de vida y de viaje, y ya llegaron. Al hacerlo, asumimos nuestra condición humana y todo lo que entraña. Y nuestro recuerdo es agradecido, a Dios porque les permitió compartir nuestra vida y a ellos, porque, en conjunto, nos han preparado un mundo más humano donde llevar una vida digna, a veces más que la suya. Y lo hacemos pidiendo a Dios, nuestro buen Padre, por ellos y por nosotros.

Muerte y Vida

¿Qué nos podría decir Jesús en una conmemoración como ésta? Creo que todo el Evangelio, en particular la vida, actitudes y valores de Jesús, es y son la mejor respuesta a esta pregunta. No obstante, dejadme insistir en dos direcciones:

En primer lugar se dirigiría a nosotros: “Hacéis bien en recordar a vuestros hermanos; hacéis bien en agradecer y dar gracias por su vida, y por la que Dios os concede a vosotros. Pero, ellos ya han llegado. Por mis palabras pudierais intuir, como si, al llegar, os hubieran llamado por teléfono para decir que el viaje se realizó según lo previsto y que todo está bien, según lo prometido Por tanto, tranquilos. Pero, ahora los importantes sois vosotros, los que estáis de camino, los que todavía no habéis llegado. Vivid una vida plena; vivid alegres, contentos, agradecidos. Dad siempre gracias por la vida, es lo más grande que tenéis y con la que preparáis la otra, la eterna. Y, en vuestro agradecimiento, no seáis egoístas, pensad en todos los que, por la razón que sea, no son, no están, no piensan o no vibran como vosotros y a quienes podéis, con mucho respeto, ayudar.

Y, luego, cuando, como hoy, penséis en los ya se han ido, hacedlo, en la medida de lo posible, con paz, con confianza. No porque sepamos mucho de su nueva vida y condición, sino porque no debéis olvidar lo que os dije: ‘No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar’ (Jn 14,1-3).

Sin llegar a sentir que la muerte sea nuestro “dies natalis”, ¿prevalece el desasosiego y la duda o la confianza, incluso con dudas ante el misterio?
¿Cómo relacionarnos con los que se han ido? ¿Serviría hacerlo a través de Jesús, de María, orando y contemplando?

Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Hoy es: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; ICo 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que cía la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (IIch 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abrahán y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso»» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; ICo 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

Jue
3
Nov
2016

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: **San Martín de Porres (3 de Noviembre)**

“La misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 3-8a

Hermanos:
Los circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu de Dios y ponemos nuestra gloria en Cristo Jesús, sin confiar en la carne. Aunque también yo tendría motivos para confiar en ella. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable.
Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.

Salmo de hoy

Salmo 104, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas.
Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor. R/.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-10

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo:
«Ese acoge a los pecadores y come con ellos».
Jesús les dijo esta parábola:
«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice:
“¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”.
Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.
O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la

encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice:
“Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”.
Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Reflexión del Evangelio de hoy

Confianza de San Pablo en Cristo

Pablo escribe a la iglesia en Filipos para animarlos a aceptar con gozo las pruebas que Dios permite que les suceda, y ayudarlos a amarse a otros.

En el texto de hoy, Pablo, nos expone el fundamento de la fe y exhorta a los filipenses a darse cuenta de que la salvación no la obtenemos por las obras que realizamos, aunque debemos poner de nuestra parte todo el empeño, como si solo dependiera de nuestro esfuerzo.

Pablo era todo lo que los judaizantes creían que era causa de su salvación: «israelita por nacimiento, circuncidado, de la tribu de Benjamín, hebreo, fariseo, perseguidor de la Iglesia, justo e irreprochable» pero, pasó de ser un respetable judío, a ser un apóstol perseguido, por una sola razón: por estar persuadido que Cristo es la Verdad, el Camino y la Vida, por ello: «todo lo que para mí era ganancia, lo consideré pérdida comparado con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.»
Pablo confiaba en Cristo, no en lo que él hacía, por esto dejó a un lado las ventajas y méritos que “tenía” como fariseo: Cristo vale mucho más, sólo Él cuenta en la vida de Pablo, y también en la de todo cristiano, porque sólo Él nos conduce al Padre.

Pablo trabaja duro para ser, en verdad, discípulo de Cristo, quiere experimentar, volvamos a decirlo, las riquezas de Cristo, aunque suponga para él motivo de sufrimiento.

Dios nos ama

Con estas parábolas San Lucas quiere transmitirnos el gozo de Dios y de los bienaventurados ante el pecador que se convierte, que se había perdido y vuelve al hogar.

Jesús, sentado entre publicanos, (hombres que parecen muy alejados de Dios,) se nos muestra entrañablemente humano, buscando como manifestarles la misericordia de Dios Padre.

La batalla de Jesús contra el pecado y sus raíces más profundas, no le aleja del pecador. Muy al contrario, lo aproxima a los hombres, a cada hombre. Su vida es un constante acercamiento a quien necesita la salud del alma; hasta el punto que sus enemigos le dieron el título de “amigo de publicanos y pecadores”.

La predicación del Señor atraía por su sencillez y por sus exigencias de entrega y amor, ya que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores. Esta es la causa por la que se convirtió en signo de contradicción, porque se rodeaba de los sedientos de Dios, de los que estaban perdidos y buscaban al Buen Pastor, y, eran buscados por el Buen Pastor.

Nos llena de alegría inmensa saber que Dios siempre está buscándonos, aunque a veces sufrimos porque nos olvidamos de que Dios es:

- Nuestro Padre,
- El Buen Pastor,
- El que entrega su vida para que nosotros nos salvemos.
- Su amor es eterno.
- Nos lleva sobre sus hombros.
- Nos pide que vivamos en fraternidad, ayudándonos unos a otros.

Esta certeza hará que vivamos confiados en Dios, por tanto, con más seguridad en nuestra vida, enfrentaremos las dificultades con mayor serenidad, porque sabemos que Dios está con nosotros, y que con Él siempre existen posibilidades de salvación, por más extraviada que parezca nuestra existencia.

Monjas Dominicas Contemplativas
Monasterio de Santa Catalina de Siena (Paterna)

Hoy es: San Martín de Porres (3 de Noviembre)

San Martín de Porres

Patrono de la Justicia Social y primer santo mulato de América

San Martín de Porres nace en Lima el 9 de diciembre de 1579, hijo de Juan de Porres, caballero español de la Orden de Calatrava y de Ana Velázquez, negra libre panameña. Juan de Porres marcha a Guayaquil, Ecuador, comisionado por el Virrey Don García Hurtado de Mendoza. Allí reclama a sus dos hijos que salen para Ecuador. Años más tarde, Don Juan Porres es nombrado Gobernador de Panamá por lo que los niños, Martín y Juana, regresan con su madre a Lima; es el año 1590, Martín tiene once años. A los Doce Martín está de aprendiz de peluquero, y asistente dentista. La fama de su santidad corre de boca en boca por la ciudad de Lima.

San Martín de Porres conoce a Fray Juan de Lorenzana, famoso dominico como teólogo y hombre de virtudes. Le invita a entrar en el Convento de Nuestra Señora del Rosario.

La legislación de entonces impedía ser religioso por el color y por la raza, por lo que Martín de Porres ingresa como Donado, pero él se entrega a Dios y su vida está presidida por el servicio, la humildad, la obediencia y un amor sin medida.

Fray Escoba

San Martín tiene un sueño que Dios le desbarata: “Pasar desapercibido y ser el último”. Su anhelo es seguir a Jesús de Nazaret. Se le confía la limpieza de la casa; su escoba será, con la cruz, la gran compañera de su vida.

Sirve y atiende a todos, pero no es de todos comprendido. Un día cortaba el pelo y hacía el cerquillo a un estudiante: éste molesto ante la mejor sonrisa de Fray Martín, no duda en insultarle: ¡Perro mulato! ¡Hipócrita! La respuesta fue una generosa sonrisa.

San Martín lleva dos años en el convento, hace ya seis que no ve a su padre, éste le visita y… después de dialogar con el P. Provincial, éste y el Consejo Conventual deciden que Fray Martín sea hermano cooperador.

El 2 de junio de 1603 San Martín de Porres se consagra a Dios por su profesión religiosa. El P. Fernando Aragonés testificará: “Se ejercitaba en la caridad día y noche, curando enfermos, dando limosna a españoles, indios y negros, a todos quería, amaba y curaba con singular amor”. La portería del convento es un reguero de soldados humildes, indios, mulatos, y negros; él solía repetir: “No hay gusto mayor que dar a los pobres”.

San Martín de Porres es un amor desbordante y universal. Su hermana Juana disfruta de buena posición social, por lo que, en una finca de ésta, da cobijo a enfermos y pobres. Y en su patio acoge a perros, gatos y ratones.

Los religiosos de la Ciudad Virreinal van de sorpresa en sorpresa. El Superior le prohibe realizar nada extraordinario sin su consentimiento. Un día, cuando regresaba al Convento, un albañil le grita al caer del andamio; el Santo le hace señas y corre a pedir permiso al superior, éste y el interesado quedan cautivados pos su docilidad. Su vida termina en loor de multitudes el 3 de noviembre de 1639.

Más información en biografía y espiritualidad de San Martín de Porres.

Vie
4
Nov
2016

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: **San Carlos Borromeo (4 de Noviembre)**

“Somos ciudadanos del cielo”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 17 – 4,1

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros.
Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas.
Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.
Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.
Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Salmo de hoy

Salmo 121, 1bc-2. 3-4ab 4cd-5 R/. Vamos alegres a la casa del Señor

¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. R/.

Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor. R/.

Según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 1-8

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:
«Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes.
Entonces lo llamó y le dijo:
“¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.
El administrador se puso a decir para sí:
“¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”.
Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero:
“¿Cuánto debes a mi amo?”.
Este respondió:
“Cien barriles de aceite».
Él le dijo:
«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro:
“Y tú, ¿cuánto debes?”.
Él dijo:
“Cien fanegas de trigo”.
Le dice:
“Toma tu recibo y escribe ochenta”.
Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Somos ciudadanos del cielo”

San Pablo exhorta a los filipenses, poniéndose como ejemplo a si mismo, a que se alejen de algunos, de “muchos”, que viven con dos notas negativas, alejándose del camino cristiano: “andan como enemigos de la cruz de Cristo” y “solo aspiran a cosas terrenas”. Todo buen seguidor de Jesús vive actitudes bien opuestas: “somos ciudadanos del cielo”. Es verdad, también de la tierra, pero nuestra verdadera ciudadanía es el cielo. En la tierra estamos de paso, y ciertamente es en ella donde debemos vivir como Jesús vivió, luchando, hasta morir en la cruz antes que callar y desdecirse de su menaje salvador, por implantar el amor, la verdad, la honradez, la justicia, la fraternidad… sabiendo bien que nuestro destino definitivo y eterno es el cielo, donde “aguardamos un Salvador”, que nos hará disfrutar de la felicidad plena tan deseada: “Venid benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”.

“Los hijos del mundo… los hijos de la luz”

Jesús, en esta parábola, alaba no la injusticia del administrador sino su sagacidad y su astucia para salir airoso del lío en que se había metido. Y como sabe que con frecuencia “los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz”, nos anima a nosotros no a que seamos injustos sino a que seamos astutos y sagaces. Es decir, nos anima a que pongamos en juego todos nuestros talentos, todos nuestros recursos, empezando por nuestra inteligencia y nuestro corazón para que hagamos que los valores evangélicos, del amor, la verdad, la honradez, la justicia… triunfen sobre sus contrarios, esos que hacen sufrir tanto a tantas personas. Sigamos los pasos de Jesús y hagámosle caso.

¡Cuántos conflictos internacionales, cuántas tragedias familiares, cuántas heridas en las relaciones humanas se habrían evitado a lo largo de la historia de la humanidad de haber hecho caso a Jesús, de haber puesto a Dios, al amor, como a nuestro único Dios y Señor y no al dinero! “No se puede servir a Dios y al dinero”.

Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Hoy es: San Carlos Borromeo (4 de Noviembre)

San Carlos Borromeo

Obispo y cardenal
Arona (Italia), 2-octubre-1538 - Milán, 4-noviembre-1584

San Carlos Borromeo es una de las grandes glorias del clero católico de todos los tiempos y una de las máximas figuras de un siglo tan lleno de grandes figuras como es el siglo XVI. Tuvo oportunidad para haber sido uno de los muchos eclesiásticos izados a las dignidades eclesiásticas con pompa y atavío de príncipe, pero, de forma consciente y decidida, no quiso ser otra cosa que un pastor de la Iglesia, un hombre entregado por completo al bien espiritual de sus diocesanos. Este amor a la Iglesia lo manifestó ya anteriormente a su episcopado en Milán, cuando disfrutó del puesto de cardenal-sobrino del papa Pío IV, y primó en él el creyente y el eclesiástico por encima del político o el diplomático.

Sobrino del Papa

Carlos nació en Arona el 2 de octubre del año 1538, y era hijo del conde Gilberto Borromeo y de su esposa, Margarita de Médicis, cuyo hermano Juan Ángel llegaría a papa con el nombre de Pío IV.

Carlos se dedicó desde joven al estudio, prefiriendo el derecho, materia en la que se doctoraba el año 1559. Para poder disfrutar de varios beneficios que se habían alcanzado para él se había tonsurado, pero no parece que tuviera decidido ser sacerdote. Su aspiración parecía ser la docencia. Pero aquel mismo año de 1559. en que Carlos se doctoraba, era elegido papa su tío, el día mismo de Navidad. Inmediatamente Pío IV llamó a Roma a su joven sobrino de 21 años y el día 31 del mes de diciembre lo creaba cardenal.

En el Concilio de Trento. Arzobispo de Milán

Carlos apoyó decididamente a su tío en el empeño de llevar adelante y concluir el Concilio de Trento. Lo volvió a convocar Pío IV el 18 de enero de 1562, y tío y sobrino tuvieron la satisfacción de que se reunieran en Trento más de cien cardenales y obispos, y que las sesiones se celebrasen con normalidad y paz, obviando no obstante numerosas dificultades.

Carlos fue uno de los prelados más empeñados 'en que, dejando de lado cuestiones bizantinas, quedara en claro la obligación de los obispos de residir en su diócesis, al menos que gravísimas obligaciones –como era su cargo- se lo impidieran. Él llevaba un magnífico trabajo al lado del papa, trabajo que era visto por todos.

Concluido el concilio, el papa Pío IV lo confirmó con la bula Benedictus Deus (1564), y a su lado Carlos no dejaba de urgir al papa para que las disposiciones de reforma se comenzaran a cumplir en seguida. Él dio ejemplo. Redujo a mucho rigor su propia vida, redujo su servidumbre y aparato de la casa, y en la propia Roma, en cuanto pudo, empezó a exigir el cumplimiento de los decretos del concilio, y para que en toda la Iglesia se impusiera la reforma tridentina, Carlos colaboró estrechamente con la Congregación del Concilio. Su íntima amistad con San Felipe Neri sirvió no poco a la obra, tan querida por él, de la reforma del clero, infundiéndole espíritu religioso y apostólico.

En 1565 le dio licencia su tío para que tomase posesión personal de la diócesis milanesa, pero antes de marchar le dio la condición de legado papal ad latere en toda Italia con facultad para impulsar los decretos de Trento. Y en esta doble cualidad de arzobispo y legado papal, se presentó en Milán y, en cuanto tomó posesión, convocó un concilio provincial, al que asistieron once obispos, y en el que se recibieron y acataron los decretos tridentinos al tiempo que se tomaban medidas para facilitar en toda la provincia eclesiástica su cumplimiento.

Su tío Pío IV murió el 9 de diciembre de aquel año 1565, en que Carlos había podido ir a Milán. En cuanto supo la muerte de su tío, volvió a Roma y participó activamente en el cónclave que eligió papa al cardenal dominico Ghislieri, Pío V. Se ha dicho que fue el cardenal Borromeo el que logró imponer la candidatura del dominico. Carlos obtuvo de él la licencia para volver a Milán y, desligado de perentorias obligaciones curiales, poder dedicarse por entero a su diócesis. Era el deseo de su corazón y lo que en conciencia creía que debía hacer para estar de corazón en la línea de Trento.

La diócesis de Milán era inmensa. Tenía nada menos que ochocientas parroquias, un clero que constaba de cinco mil sacerdotes entre seculares y religiosos, y había en todo el territorio diocesano unas cuatro mil religiosas. Sus diócesis sufragáneas eran quince.

Carlos emprendió, con gran celo, la obra de hacer que todo se ajustase al espíritu y la disciplina de Trento, en todos los aspectos.

Comprendió Carlos que tenía que empezar por dar ejemplo de vida arreglada y por ello organizó su casa no como un palacio, sino como el hogar y la curia de un pastor. Los muebles lujosos que halló en el palacio los vendió y los sustituyó por muebles austeros. Impuso un ritmo de vida que a algunos les pareció propio de un convento, como si la austeridad, la piedad y la laboriosidad fueran valores monacales y no también muy propios de quienes son pastores.

Sus colaboradores debían compartir con él la vida de oración, trabajo y austeridad que él llevaba, una vida dirigida a la gloria de Dios y al bien de las almas. Carlos renunció a numerosos beneficios que acumulaba, contentándose con tomar de las rentas del arzobispado lo necesario para el sustento de su modesto modo de vida, dedicando lo demás, como las rentas de su propio peculio personal, a obras de caridad y religión.

La formación de los sacerdotes fue su gran sueño. Fundó el seminario mayor y varios seminarios menores, en orden a garantizar que en unos años iba a tener un clero distinto, y reunificó el clero diocesano suprimiendo el llamado clero decumano. Fundó los que luego se llamaron Oblatos de San Ambrosio, congregación de sacerdotes seculares, para que se hicieran cargo de la dirección de los seminarios. Para el clero suizo fundó el Colegio Helvético.

La reforma pastoral y espiritual la urgió con su famosa visita pastoral a la diócesis, en la que puso tanto empeño y en la que gastó tantas energías. La empezó en 1566. Iba por todas las parroquias fomentando la vida religiosa, la instrucción en la fe, las asociaciones de seglares y no pocas instituciones culturales y sociales. En 1569 hubo un atentado contra su persona, obra de un religioso que se oponía a su labor reformadora.

Buen Pastor de Almas

Carlos encarnó el ideal del verdadero pastor de almas, instruido en teología, hombre de vida interior, dedicado a las almas, con ideas claras, con capacidad de forjar y realizar programas pastorales, todo al servicio de los fieles. No podía soportar que obispos o sacerdotes viviesen para sí, acaparasen prebendas con afán de dinero y quisieran llevar a expensas de su ministerio una buena vida.

Convencido de estos criterios, cuando llegó la peste de 1576-1577 no quiso alejarse un momento de su diócesis, exponiéndose a ser contagiado y a morir, pero estaba muy clara en su mente la advertencia del Señor de que el buen pastor debe dar la vida por sus ovejas. Toda la comunidad cristiana quedó muy edificada de su heroica conducta en tan difíciles circunstancias.

La muerte le llegó a Carlos cuando aún era un hombre joven que podía haber dado de sí mucho más, pero que en los planes de Dios ya había cumplido, y con qué perfección, su providencial tarea. Como todos los años, al comenzar el otoño de 1584, fue al Sacro Monte, de Varalo, para hacer ejercicios espirituales. Después de unos días de entera dedicación a la oración y la contemplación de las cosas divinas, Carlos hacía una confesión general.

El santuario, dedicado a Cristo Doloroso, le era un lugar querido, porque en él lograba remansar su espíritu de tanta actividad, aunque de ordinario él dedicaba diariamente varias horas a la Oración, la misa y el oficio divino. En la segunda quincena de octubre le dieron unas calenturas, y pensó que era mejor volverse a Milán. Llegó a Milán el día 3 de noviembre. Llevado a su cuarto mandó preparar en él un altar, y en cuanto amaneció el día 4 pidió el viático y la extremaunción. Mandó que le rociaran con ceniza y le cubriesen con un cilicio, pues quería estar en una actitud penitente, encomendándose a la misericordia divina.

Corrió por Milán la noticia de la enfermedad del santo obispo y de su gravedad, y la gente acudió a las iglesias a pedir por su salud. Una multitud se agolpaba a las puertas del palacio cuando a las 3 de la tarde Carlos, acompañado de la oración de la Iglesia, entregaba su alma al Señor. Era el 4 de noviembre de 1584.

Enterrado en la catedral, los fieles comienzan a ir a su sepulcro a encomendarse a su protección. Los Oblatos de San Ambrosio promovieron en 1601 su causa de beatificación. Poco después de su beatificación se pasó a su canonización, decretada el 1 de noviembre de 1610 por el papa Pablo V.

José L. Repetto Betes

Sáb
5
Nov
2016

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“No podéis servir a Dios y al dinero”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 4, 10-19

Hermanos:
Me alegré muchísimo en el Señor de que ahora, por fin, haya vuelto a florecer vuestro interés por mí; siempre lo habíais sentido, pero os faltaba la ocasión. Aunque ando escaso de recursos, no lo digo por eso; yo he aprendido a bastarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy avezado en todo y para todo: a la hartura y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta. En todo caso, hicisteis bien en compartir mis tribulaciones. Vosotros, filipenses, sabéis además que, desde que salí de Macedonia y empecé la misión, ninguna iglesia, aparte de vosotros, me abrió una cuenta de haber y debe. Ya me mandasteis a Tesalónica, más de una vez, un subsidio para aliviar mi necesidad; no es que yo busque regalos, busco que los intereses se acumulen en vuestra cuenta. Tengo lo necesario, y me sobra. Estoy plenamente satisfecho habiendo recibido de Epafrodito vuestro donativo, que es suave olor, sacrificio aceptable y grato a Dios.
En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús.

Salmo de hoy

Salmo 111, 1b-2. 5-6. 8a y 9 R/. Dichoso quien teme al Señor

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita. R/.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.
El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo. R/.

Su corazón está seguro, sin temor.
Reparte limosna a los pobres;
su caridad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 9-15

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:
«Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.
El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto.
Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará?
Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».
Los fariseos, que eran amigos del dinero, estaban escuchando todo esto y se burlaban de él.
Y les dijo:
«Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que es sublime entre los hombres es abominable ante Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo lo puedo en aquel que me conforta

Claro que Pablo agradece el apoyo económico que de la comunidad de Filipos recibe, pero, sobre todo, le llega al alma el hecho de que no le han olvidado y le quieren. Da la impresión que el apóstol delinea un perfil propio al modo estoico, pero está claro que su fuerza no proviene de principios de tal filosofía sino, bella confesión de parte, del Señor Jesús: es la causa de su fuerza y entusiasmo, la razón de su alegría y libertad de espíritu. Pablo, tan débil en ocasiones, se sabe muy fuerte porque el estímulo de su vital consistencia no es otro que aquel quien le llamó, Cristo el Señor. Además, no pierde la ocasión el apóstol para ponderar el buen estilo de aquellas comunidades que son solidarias con sus pastores; y por esta razón, bien contento que se manifiesta. Llama la atención la habilidad creyente para hacer del donativo que de los filipenses recibe un acto de culto, pues es interpretado como una oblación a Dios Padre de quien Pable se estima fiel servidor. Y éste tendría que ser todo el ejercicio solidario que se desarrolla en las diversas comunidades, gesto que va más allá de la cuantía económica o de recursos que se comparta en cada ocasión. Pablo se ufana de ofrecernos este testimonio gracias a aquel que le llamó y de quien es testigo, Cristo Jesús.

No podéis servir a Dios y al dinero

Es conocida la incompatibilidad que Jesús establece entre Dios y el dinero, o mejor, entre el culto a la riqueza y el servicio al proyecto del Reino, programa humanizador de todos los hijos de Dios. No habla de cuantía de riqueza, sino de recursos que ganan la atención de cada persona, donde ponemos el corazón. También le preocupa el que nos acompañe el tino a la hora de administrar dichos recursos. El texto, además, nos regala una sencilla paradoja. Servir a Dios es gozar de la propia libertad personal y sentirnos capaces de fraternidad en gestos concretos y cercanos; servir al dinero es franca dependencia, por no decir servidumbre, que nos deshumaniza y, si esto fuera poco, pervierte nuestra relación con los hermanos y con Dios. Dios Padre, desde el camino de Jesús de Nazaret, nunca se tornará en un ídolo absurdo y despersonalizador; por el contrario, el dinero sí tiene entidad sobrada para, al menor descuido, esclavizar a la persona haciéndola incapaz de Dios y de los hermanos. Desafío el de la Palabra de hoy para que cada uno mire su corazón y vea si está contaminado por el dinero o engrandecido por el amor; y, en cualquier caso, ¡qué hermosos son los corazones de los discípulos que se dedican a ser grandes en el amor saboreado en el servicio a los hermanos!

La solidaridad en nuestras comunidades ¿es ocasional o forma habitual de vivir la fraternidad?
Nuestros recursos, escasos o abundantes, ¿nos ayudan a servir mejor la causa del Reino?

Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

El día **6 de noviembre de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de Homilías.